

Felipe Lázaro

5ª Edición

CONVERSACIONES CON GASTÓN BAQUERO

Prólogo de Alfredo Pérez Alencart

Prefacio de Jorge Luis Arcos

Epílogo de León de la Hoz



BETANIA

Baquero o del viajero eterno

también tú eres el huésped y serás la alegría
G. B.

La poesía de Gastón Baquero, sobre la que escribí hace ya algunos años un largo ensayo, “Gastón Baquero o la poesía en el jardín de la muerte”, y, más recientemente, otro más breve, “Baquero y la muerte”, ha despertado siempre en mí reminiscencias turbadoras, como que suelen permanecer ocultas en el pozo sagrado de la infancia. Es la memoria íntima y lejana de las preguntas verdaderas, o la *pregunta* primordial, la incertidumbre ante el misterio de la vida, que entonces se sentía como algo natural (natural en su *extrañeza*), y, sobre todo, ante la inexplicable muerte. ¿No es la muerte el verdadero tema de la vida?, parece indicarnos siempre la poesía de Baquero, aun en aquellos poemas donde aparentemente está ausente. Su recurrencia explícita es poderosísima. *Poética de la muerte*, grave, severa, profunda, que no implica, antes bien la supone, la no afirmación, a veces desesperada pero otras muchas veces afirmación desaforada, sensualísima incluso, de la vida. Siempre me conmovió y me intrigó mucho aquella anécdota que cuenta Cintio en *Lo cubano en la poesía*: “*Bajando las escalinatas de la Universidad, recuerdo que me dijo Gastón por aquellos años, una mañana de otoño: morir no es nada, ahora mismo puedo haber muerto y no sentir ninguna diferencia; tengo la sensación de que puedo pasar de la vida a la muerte con una familiaridad mágica, sin esfuerzo, sin percibirlo apenas*”. No exagero acaso si digo que un poeta puede medirse por su manera, siempre singular, irrepetible, de resolver este tema primigenio. Baquero lo enfrentó desde muchos ángulos, lo asedió de muchas maneras diferen-

tes, pero creo que su certidumbre más profunda la halló en su confianza en la disolución o reintegración en la materia original, ya fuera el *humus* oscuro de la tierra –de donde nacen sus inquietantes y enigmáticas rosas- o en las lejanas estrellas. Esa confianza, mediada por su honda religiosidad, hizo que el poeta dotara siempre a las manifestaciones de la vida -*rosas, peces, palomas, árboles, estrellas*, o, en fin, a los elementos primordiales: luz, tierra, agua, aire- de una dinámica espiritualidad, pero, a la vez, de una como enorme nostalgia: nostalgia de Dios, o nostalgia de su esencia intacta, original y eterna (“*es el pasado intacto en que perdura / el cielo de mi infancia destruida*”, dice en “Soneto a las palomas de mi madre”). Por eso su poesía tiene siempre ese aire elegíaco, incluso en aquellos poemas más lúdicos. Mas esas confianzas, esas certidumbres, o, tal vez sería mejor decir, esas furiosas esperanzas, no eximen al poeta de su inexorable *procesión* por la vida; de ese “conocimiento doloroso”, como le llamara Martí; de la vivencia de ese espacio-tiempo donde las *formas* -“el sueño de las formas”, le llamó Cintio- se manifiestan como usurpando un tiempo, un lugar, como si nacer fuera una injusticia, como creyó el antiguo griego. Como si las formas padecieran siempre una existencia marginal, clandestina, también invisible -y fueran, sin embargo, una *fiesta*, agregaría otro simultáneo Baquero: el niño, el ingenuo, el inocente que, a la vez, albergó siempre dentro de sí. Comentábamos una tarde, César López, Enrique Saínz, Efraín Rodríguez y yo, cómo Baquero padeció las cuatro o cinco *parcas*: era pobre, mulato, homosexual, provinciano y, como por añadidura, poeta, y después padeció una sexta: la del exiliado. Pero el poeta, en cierto sentido, ¿no es todas esas cosas, *siempre*, y muchas *más*?. Entonces el poeta da testimonio de su insondable temporalidad, y es siempre el huérfano, el hijo errante (¿*de la mar*?) -el eterno niño de su poesía-, el peregrino, el huésped, el forastero, el exiliado, el pobre, el mendigo, el viajero ince-

sante -y el viajero es el que hace el *tránsito*, el que *transita*-, el inocente, el que escribe en la arena el testimonio fugitivo e imperecedero de la poesía, como si la belleza solo pudiera existir a costa de desaparecer; más: como si la belleza de las formas en la luz fuera el testimonio rapidísimo de *otra* Belleza eterna, invisible. Por eso el poeta es como el guardián de ese misterio profundo -tal en su poema “El río”, por ejemplo-; pero es también el que padece como un desamparo, una orfandad cósmica (“*la orfandad del planeta / en la siniestra llanura del universo*”) -el conocimiento tiene *ese* precio, también-, y de ahí su profundo *pathos* vallejiano, chaplinesco incluso -tal en su conmovedor “Con Vallejo en París -mientras llueve” (suerte de alter-ego suyo)-; en su desolado, “El viajero” (“*Silbar en la oscuridad para vencer el miedo es lo que nos queda*”); en ese poema tan inquietante, tan extraño, tan turbador, “El viento en Trieste decía”; o en las desesperadas preguntas de Paolo al hechicero, del poeta a su ¿indiferente? Creador. Ese como nihilismo profundo, que no llega a albergar esperanzas ni siquiera -y repárese en que Baquero fue un hondo creyente- después de la muerte, como se aprecia en su poema “El huésped”, fue el reverso de su zona luminosa, prístina, matinal, lúdica incluso. Baquero tuvo, pues, los dos tonos absolutos, los dos eternos registros: el de la Muerte y el de la Vida, y una zona como intermedia, transitoria, existencial, el del viajero incesante entre esos dos reinos intercambiables, que puede entonces, siempre, despedirse así de nosotros:

*Volveremos
de nuevo
a decirnos
adiós.*

Jorge Luis Arcos

Jorge Luís Arcos (La Habana, 1956). Poeta y ensayista cubano. Doctor por la Universidad Complutense y Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de La Habana. En Cuba fue profesor en el Instituto Superior de Arte y en la Universidad de La Habana. Dirigió la revista *Unión*, de la UNEAC y fue Director de la Cátedra de Estudios Iberoamericanos José Lezama Lima de la Fundación Pablo Milanés. Después de residir varios años en España, actualmente es Profesor Adjunto de Literatura Latinoamericana y Española en la Universidad de Río Negro en San Carlos de Bariloche, Argentina. Es autor de numerosos libros de poesía y de ensayos, siendo su más reciente título: *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* (2012).